

EL TIEMPO EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN Y LA SEMÁNTICA DEL MERCADO: LAS FÓRMULAS INFORMACIONALES

Premisa

El problema del tiempo parece pervivir ocultando el secreto de su eterna juventud. Tiene núcleo de homonimia y órbita de sobreentendido, como si la implicitud de un murmullo monocorde hubiera dotado de un velo de apariencia unívoca al estallido de las lenguas en la Torre de Babel.

Así contemplado, el tiempo se asemeja a un visor extraño que tanto puede aclarar como confundir. Resulta razonable, por tanto, ajustar un mínimo el punto de mira para saber qué es lo que queremos y podemos observar a través de él. Es por ello que este texto parte de un perímetro conceptual determinado de tiempo como artificio humano implicado en la reconstrucción inteligible de la realidad. Y en tanto que reconstrucción, remite a un doble procedimiento de abstracción y recomposición del sustrato real sobre el que se proyecta y en el que trata de inscribirse. Dicho esto, entiendo que el tiempo inteligible se construye fundamentalmente a partir del modo en que se engastan dos dimensiones: una factual y otra simbólica.

La condición de existir en un mundo en devenir entraña que todo no puede acontecer a la vez. De modo que, cada suceso se manifiesta como una presencia que es grabada significativamente en relación con las ausencias del “ya no” y el “aún no”, constituidas éstas como horizontes de posibilidad pasado y futuro. Como explicita Luhmann (1999: 18), “todo lo que ocurre como significativo ocurre en el horizonte de otras posibilidades. Este es el caso de otras posibilidades que, como posibilidades, son negadas y lo que ocurre se introduce como necesario”. Así pues, la conexión presencia-ausencia dota de sentido a lo que ocurre a través de un medio virtual donde es realizable la copresencia de sucesos extemporáneos. Lo sucesivo es concebido, entonces, como una suerte de simultaneidad matizada, en tanto que aptitud para “imaginar como presente (contemporáneo) algo que, en realidad, no lo está, y relacionarlo con lo que sucede en verdad aquí y ahora” (Elias, 1989: 86). Luego el tiempo vincula acontecimientos de distinta índole habilitando su acomodo en una síntesis simbólica de coexistencia dentro de un orden relacional sucesivo.

Como materialidad simbólica, el tiempo tiene un origen y un despliegue social. En su presentarse temporalizado al mundo social, los acontecimientos llegan grabados con signos que (in)forman su constitución procesual, al codificarlos como parte de una estructura cognitiva que reorganiza significativamente tal información con arreglo a criterios selectivos de conexión con otros sucesos no simultáneos. Por otra parte, es a través del proceso de socialización que “el individuo aprende las señales del tiempo habituales en su sociedad y a orientar según ellas sus reglas de conducta” (Elias, 1989: 23). Partiendo, entonces, de las representaciones, los estados afectivos y las intenciones básicas implicadas en el complejo simbólico interiorizado, los actores sociales conocen el medio en que viven y se orientan en él, reproducen valores y normas y obtienen la posibilidad de modificarlos. Los códigos temporales inscriben y llevan inscrito el entramado significativo de su medio social, de manera que la temporalización resulta ser “una parte constitutiva y constituyente de la cultura (...) es un elemento integrador y normativo perteneciente al proceso de socialización, afirma valores y transmite normas que facilitan la organización social” (Lasén, 2000: XVI). Dicho de otro modo, el tiempo es tanto fundamento prerreflexivo, como dispositivo de definición de la realidad social de la que forma parte.

El tiempo informacional

El tiempo informacional, en la medida en que es tiempo, se conforma a partir del modo peculiar en que se engastan las dimensiones simbólica y factual en el contexto de la sociedad de la información: es el tiempo lo que (se) produce (en) el procesamiento con sentido de los flujos de información y, por lo tanto, es también un medio por el que se hacen inteligibles los propios procesos informacionales.

Los afluentes

Para comprender la configuración informacional del tiempo es preciso aludir al menos a tres procesos elementales entretreídos:

- *La codificación intensiva del acontecer.* El desarrollo acelerado del registro del acontecer a través de sistemas de signos reconocibles está en la base de su

acondicionamiento progresivo a una existencia informacional. La repercusión social casi inmediata del estudio del genoma humano, la difusión de sistemas de simulación para el diseño, el aprendizaje práctico y la investigación, o la constatación del suceso a través de su montaje gráfico son muestras de un proceso de reificación de los flujos de información que tiende a cristalizar en un nuevo tipo de entorno que depende directamente en su constitución de la práctica de conformación simbólica. El presupuesto subyacente es que el acontecer social se produce sobre todo a partir del momento de la inscripción, esto es, en el proceso selectivo donde se construye el sentido y la identificación de lo social con lo informacional. Tal identificación es plausible en virtud de la regencia de un modo de ser propio de esta época que Manuel Castells denomina “espíritu del informacionalismo”, a saber, “una cultura, en efecto, pero una cultura de lo efímero, de cada decisión estratégica, un mosaico de experiencias e intereses [...] es la cultura de la “destrucción creativa”, acelerada a la velocidad de los circuitos optoelectrónicos que procesan sus señales” (1999:227). El nuevo espíritu de la época vertebra la realidad con distintas texturas; de hecho, deja de ser adecuada la comprensión lineal y simple de los fenómenos sociales: ahora los rasgos centrales que describen el orden de los acontecimientos son otros, como la discontinuidad, la aleatoriedad inmanente, o el carácter creativo del tiempo. Hablamos, desde luego, de un medio diferente.

- *Fluidificación de la realidad codificada.* Según García Selgas, el rasgo diferenciador que mejor identifica a la sociedad de la información no es tanto su carácter informacional, cuanto la fluidez de su (con)textura digital, la cual “hace de los bits y de la lógica binaria los átomos de una intercambiabilidad y una compatibilidad entre los más dispares sistemas de codificación, información o conocimiento, y todo ello viene a coadyudar a la fluidificación informacional de la realidad social” (2002: 21). Dicho esto, su propuesta toma impulso, a mi juicio, en una matización a las tesis de Castells donde prioriza la idea de “una constante circulación de flujos de (in)formación entre distintas entidades fluidas” (: 28) sobre las de red e información *per se*, y adopta el término medular de “sociedad de los flujos” como fuente principal de poder, es decir, como capacidad y modo predominante para definir la realidad social. Respecto a la sociedad del flujo, la fluidificación representa, pues, el proceso por el que “todo se torna lábil, maleable, acomodaticio, difícil de mantener bajo la misma forma”

(: 11). Una mudanza sustentada, por lo tanto, en buena parte, en un desarrollo complejizador que rebosa la parcelada y simplificadora visión del mundo de la tradición cartesiana.

- *La complejización* alude a un proceso de acomodo y interpenetración entre la complejidad como categoría de pensamiento y la realidad social fluidificada. Por complejidad se entiende, primero, lo relativo a su sentido etimológico¹ de cualidad de entretrejimiento conjunto, esto es, como propiedad atribuible a una cosa. Pero también se refiere a la idea de interrelación en movimiento, de evolución, a saber, a una “dialógica entre orden/ desorden/ organización” (Morin, 2003: 145) en la que resulta central el concepto de emergencia como capacidad de los sistemas abiertos para generar novedad e integrarla dentro de nuevas formas de orden con mayor nivel de correlación (Prigogine, 1999).

Por otra parte, lo social-fluido remite a una realidad que desborda el modo cartesiano de categorizar por medio de oposiciones binarias simples; se refiere a “una ontología de lo mestizo, de lo híbrido y de lo promiscuo” (García Selgas, 2002: 26) pero que necesita también de las tramas dicotómicas que, cada vez, supera: advierte un movimiento enmarañador donde se hacen cómplices la contingencia y la capacidad reconstructiva de las estructuras sociales.

La complejización es, entonces, complejidad fluida y fluidez compleja, una tensión dinámica de antagonismo y complementariedad entre orden y desorden, inteligibilidad y enmarañamiento, determinación y contingencia, a través de la cual lo social despliega su facultad creativa en tiempo irreversible. Un tiempo que se inscribe en las entrañas de los flujos de información.

La confluencia

¹ Complejidad como término nace hacia mediados del siglo XIII derivado de complejo, el cual proviene a su vez del latín *complexus*, que significa “que abarca” (Corominas, 1973: 163). Sin embargo, resulta interesante la diferencia de matiz que dan a la significación original: así, Morin (2001: 47, 50) propone la traducción “lo que está tejido conjuntamente” y Capra (2002: 340), por otra parte, la de “red”. La opción que se utiliza en este texto se basa más en la idea de entretrejimiento que en la de extensión, no obstante, pienso que ambas nociones son complementarias por cuanto lo complejo implica la trasgresión de los límites establecidos por las oposiciones binarias, la interpenetración de sus términos y, por ende, la asunción potencial de todo el campo semántico que quedaba sellado (prohibido) previamente por la frontera que instituía el antagonismo.

En el contexto informacional el tiempo se constituye como un inscriptor simbólico de inteligibilidad para procesar señales con sentido. Las señales se producen, dentro de las prácticas sociales dominantes, en la forma de flujos de información conectados a través de estructuras en red. Por otra parte, el sentido es vínculo (enlace, conexión) y desplazamiento (viaje)². Y es que el sentido significa en la medida en que el signo es una indicación que hace ir a otra cosa. En la sociedad de la información significar es dar sentido a señales codificadas y conducir las hacia la comprensión de situaciones novedosas, es relacionar inputs de información en un medio turbulento donde es tarea de los actores reorganizar creativamente tales relaciones para resolver los problemas emergentes de la contingencia y la aleatoriedad propias del acontecer presente.

El medio fluido informacional es, pues, un escenario donde se despliega de manera especialmente intensa la relación entre tiempo y sentido:

- Como *temporalización de los significados*, el tiempo informacional sigue siendo condición de posibilidad para el enlace significativo de acontecimientos extemporáneos, puesto que la significación implica intencionalidad y la intencionalidad un vínculo de lo presente con lo que se pretende que sea y aún-y/o-ya no es: cada acontecimiento adquiere un sentido al enfrentarse a una selección conectora en horizontes de contingencia temporalmente diferenciados (pasado, futuro). Un proceso no es posible sin una no-simultaneidad; un mundo en devenir no puede construir sentido sin la idea de proceso, y la significación es una operación que utiliza tiempo, pues entraña un acto de inscripción inmerso en un proceso donde se despliegan la selección y la conexión. A mi juicio, la afirmación de Castells de que “la eliminación de la secuenciación crea un tiempo indiferenciado, que es equivalente a la eternidad” (1999: 499) es una conclusión precipitada si se toma al pie de la letra. Lo que conlleva la expresión “tiempo atemporal” no es la atemporalidad del tiempo informacional, sino que lo atemporal también tiene tiempo dentro de la sociedad de la información. La discontinuidad y la instantaneidad sólo eliminan la secuenciación lineal y, como “efecto colateral”, multiplican la *presencia* del tiempo. El espacio de significación informacional no es fundamentalmente un soporte sin tiempo y un

² Hay que ir más allá del latín *sentire* (“percibir por los sentidos”, “darse cuenta”, “ser afectado por algo”) para encontrar el fundamento de esta proposición, a saber, a la raíz indoeuropea *sent-*, que significaba “tomar una dirección, dirigirse a” (Marina, 1998: 50).

corte sincrónico en la praxis social: “tiempo cristalizado” que dice Castells (: 444); es, sin embargo, un espacio fluido donde coexisten bullendo temporalidades vivas y diversas que asumen características narrativas como la discontinuidad, la instantaneidad, o la condensación en la ocurrencia de los fenómenos. En efecto, la semiosis informacional se desarrolla en el hipertexto de la integración de señales de la más diversa procedencia (espacial, temporal, sensorial, significativa) en “contextos semánticos multifacéticos” (Abril, 1999: 154) , bajo el requisito de entrada de su previa codificación digital. Los sujetos de la supertextualidad exhiben pautas cognoscitivas específicas para la adaptación a este espacio de lo múltiple y lo imprevisible, regidas por la experimentación de un yo disperso (como en el zapping), a saber, “lecturas rápidas, ocasionales, erráticas y guiadas por inferencias contingentes” (: 152) que orientan a sujetos individualizados en una extensión abierta en permanente mutación, un entorno semiótico incierto en el que “más que leer, se navega” (: 156). Por otra parte, la cualidad de irreversible de la complejización que resulta en esta fecunda mezcla fuerza la necesidad de una metaforización intensiva de los desarrollos cognitivos: significar la emergencia haciendo emerger significados a partir de interrelaciones semánticas inéditas. Acuña la novedad *significa tiempo*.

- Como *significación del tiempo*, o mejor, de los tiempos, lo que sucede es que se multiplican los modos de entender el tiempo dentro de un medio globalizado por el desarrollo de los procedimientos de sincronización. Su idiosincrasia heterogénea (de *temperare*, “acordar cosas diversas”), creativa e irreversible se vuelve reflexivamente sobre la temporalidad misma haciendo del incremento de la complejidad (dirección de lo irreversible) la condición de posibilidad de la emergencia de distintas temporalidades y de modos diversos de coexistencia entre las mismas. El tiempo es creación de y sobre lo imprevisible, es adaptación a la aleatoriedad pero también reelaboración de sus resultados, tanto es al sentido de la oportunidad, como a la determinación precisa de intervalos cada vez más cortos, es culto al kairós y explotación intensiva del cronos. Y, sobre todo, es flecha del tiempo, pero también es “destiempo” (Abril, 1999). Los destiempos son los fragmentos que resultan de la explosión de la flecha teleológica en el hipertexto. No son incompatibles con el curso irreversible de la

dinámica del caos creativo, sino que son emergencias colaterales de la misma. El hipertexto alberga conformaciones múltiples de la temporalidad: “*anacronismos, multi-temporalidades... formas de hipercronía* que permiten concebir y experimentar no sólo la mescolanza de cronotopías heterogéneas, sino la inversión cronológica (como el “retorno al futuro”), la detención del tiempo, su aceleración y el efecto de instantaneidad. Imágenes, en suma, *reversibles y transversales* del tiempo” (Abril, 1999: 143). De esta manera, el tiempo informacional forma, como dice B. Adam, “un collage de tiempos múltiples (...) que existen simultáneamente” (citado en Ramos, 1997: 27), o sea, un complejo metafórico que entremezcla procesos físicos, sociales, biológicos, individuales, colectivos, etc. que pugnan bajo una misma voz por definir su jerarquía.

Las fórmulas informacionales

El contexto informacional alumbró procesos emergentes en la construcción de la realidad social que abren la posibilidad de una resignificación fluida de lo factual, para cuya implementación se necesita tiempo. Es en tales circunstancias que se constituyen y propagan una serie de fórmulas elaboradas al modo de dispositivos que plasman concreta y objetivamente la idiosincrasia del tiempo en la sociedad de la información. Unas fórmulas que se resuelven en la praxis como tecnologías semánticas varias que coexisten (y compiten) en la definición y la articulación del acontecer social, puesto que se integran como condiciones sine qua non para *informarse* de lo que ocurre, esto es, para dar *forma* a los sucesos. En este orden de las cosas, el mercado aparece como un escenario donde, por la especial apertura y labilidad de su dinámica evolutiva, las fórmulas se despliegan con mayor explicitud y alcance.

En la medida en que constituyen tecnologías semánticas hechas de tiempo, resulta factible explicar la complejidad de las fórmulas informacionales a través del doble desarrollo de la temporalización de los significados y la significación del tiempo.

- Desde el enfoque de la temporalización de los significados, las fórmulas informacionales vienen a ser definiciones del acontecer social que prescriben modos de disponer de la información en espacios de interacción delimitados por marcas temporales que orientan el sentido de los procesos, o sea, “cuadros

sinópticos” de parcelas de la realidad informacional, grabados con códigos temporales que señalan la forma de conducirse dentro de ellas y, por lo tanto, donde se decide qué es lo que tiene sentido y qué significa esto en cada caso. Y dado que vivimos en una contextura fundamentada en la circulación de flujos, actúan como dispositivos regulares en la fluidificación de lo social a través de la promoción efectiva de una serie de valores operativos. Dos son a mi juicio, los esenciales: la flexibilidad y la solvencia.

- Lo solvente se desenvuelve en un entorno complejo con múltiples confluencias que favorece el deslizamiento desde el tiempo que fluye, hasta el tiempo de los flujos y, de ahí, al tiempo que resuelve, que se licua y que se disuelve. Luego por *solvencia* se entiende aquí tres cosas. En primer lugar, la acción y la capacidad de resolver. Con tal sentido, el taylorismo fue un productor de procedimientos válidos para el desarrollo de la producción industrial, basándose en el principio del *the one best way*, la fórmula que imprime preceptos operativos óptimos en segmentos de espacio-tiempo estandarizados y que, en esta medida, prepara una serie de límites y posibilidades (directrices) a la interacción, no sólo dentro del ámbito de la fábrica, sino en la generalidad del espacio social. En la sociedad de la información, sin embargo, la solvencia se dirige hacia los problemas emergentes e imprevisibles que genera su propio movimiento complejizador. En segundo lugar, me refiero a la disolución del empleo sólido (fijo y de jornada completa) en un medio turbulento dominado por la inestabilidad de la demanda. Y, por último, en el sentido de licuefacción del tiempo, es decir, de intensificación de la tendencia de origen calvinista a identificar tiempo con dinero, con el medio líquido. El tiempo solvente es aquél que merece crédito en unas condiciones de especial difusión del tiempo económico futurizado, tanto por la propagación de las prácticas inversoras y de endeudamiento, cuanto porque la idea de obsolescencia prematura arraiga cada vez más como valor social en términos de producción y de consumo, de modo que se llega a “la pretensión de traernos el futuro ahora” (Himanem, 2002: 42).
- La *flexibilidad* supone un mecanismo de respuesta ante la aceleración de las transformaciones del entorno y la endogeneización social de la producción de contingencia (Berriain, 1999). La agitación de un medio

que fluctúa rápida e imprevisiblemente obliga a los actores sociales, y a las empresas en particular, a adquirir modos de actuación más ágiles para poder adaptarse (Himanem, 2002). Se trata, entonces, de construir destrezas y mecanismos prácticos (empresa red, formas flexibles de gestión y de contratación, automatización productiva, etc.) para desarrollar en la organización social un grado de fluidez suficiente para hacer frente al propio del acontecer indeterminado que la misma dinámica social produce.

- Por lo que respecta a la significación del tiempo, las fórmulas exhiben el carácter heterogéneo, flexible y creativo de la temporalidad informacional, siempre bajo el principio de reducción de la contingencia que se genera como resultado del propio funcionamiento del mercado. “Tiempo” significa incertidumbre tanto en su faceta de curso generativo irreversible de efectos colaterales, cuanto en la interiorización de tal dinámica como expectativa. Pero también significa capacidad creativa y organizativa para producir dispositivos de reordenación compleja (no exentos de intencionalidad y de intereses particulares) que hagan frente a la entropización. En el ejercicio de esta capacidad se construyen fórmulas informacionales (contractuales, como las distintas modalidades de contrato eventual y a tiempo parcial o la subcontratación, pero también de otra índole como los planes de formación continua, la producción “just in time”, las estrategias prospectivas, la calidad total, los créditos flexibles, los procedimientos de incentivación institucional de la producción, etc.) que dinamitan el orden de la secuencialidad lineal en historias múltiples, entrecruzadas y/o paralelas; que hacen de la ductilidad un recurso para coexistir con la indeterminación y, de la anticipación prospectiva, una capacidad de respuesta; que operan como diluyentes de la seguridad y emigran al sentido de la oportunidad (kairós) siguiendo las rutas de la innovación, la discontinuidad y el riesgo... en un deambular abierto, mudable e inseguro donde se trata de tomar la forzada compañía de la contingencia como un tiempo de complicidad.

Referencias bibliográficas

- Abril, G. (1999): “Cronotopías del destiempo. Viaje a los cronotopos sociales y textuales de la sociedad de la información, y a sus astucias” en Gatti, G. & Martínez de Albéniz, I. (coords.): *Las astucias de la identidad. Figuras, territorios y estrategias de lo social contemporáneo*. Bilbao: Ed. de la UPV/EHU: 141-158.
- Beriain, J. (1999): “Genealogía sociológica de la contingencia: del destino dado metasocialmente al destino producido socialmente” en Ramos, R. y García Selgas, F. (eds.): *Globalización, riesgo, reflexividad*. Madrid: CIS.
- Capra, F. (2002): *Las conexiones ocultas*. Barcelona: Anagrama.
- Castells, M. (1999): *La Era de la Información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 1: *La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- Corominas, J. (1976): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- Elias, N. (1989): *Sobre el tiempo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- García Selgas, F. (2002): “Preámbulo para una ontología política de la fluidez social” en *Atenea Digital*: Nº 1.
- Himanem, P. (2002): *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*. Barcelona: Destino.
- Lasén, A. (2000): *A contratiempo: Un estudio de las temporalidades juveniles*. Madrid: CIS.
- Luhmann, N. (1999): “Tiempo del mundo e historia sistémica” en *Inguruak*: junio: 13-54.
- Marina, J. A. y López Penas, M. (1999): *Diccionario de los sentimientos*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Morin, E. (2003): *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, E. (2001): *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós Studio.
- Prigogine, I. (1999): *Las leyes del caos*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Ramos, R. (1997): “La ciencia social en busca del tiempo” en *Revista Internacional de Sociología (RIS)*: Nº 18: pp. 11-37.